



RECUERDO DE BORGES

Por Claudio Pérez Míguez

Más allá de mi entorno familiar inmediato, fue Jorge Luis Borges la persona que más influencia ejerció sobre mí. Y con esto no me refiero solo al influjo tan importante de su maravillosa obra, sino de su persona. El haberlo conocido y tratado con asiduidad, por un periodo no muy largo de tiempo, ya que lamentablemente murió el 14 de junio de 1986, pero sí muy intenso, fue una experiencia que cambió mi vida. Supongo que en esto también influyó la etapa tan especial de la adolescencia en que se desarrolló el contacto, yo lo conocí cuando tenía 14 años y él murió cuando tenía 19.

Entre las no pocas cosas que le debo, estoy seguro que se puede contar haber dejado de ejercer mi profesión de abogado y dedicarme al mundo de los libros.

La primera vez que lo vi, fue en la Feria del Libro de Buenos Aires, por el año 1981. Un improvisado stand, que no correspondía a ninguna editorial, lucía un cartel manuscrito que decía "Hoy firma Borges". Ese encuentro fue muy breve, como lo determinan este tipo de eventos, pero suficiente para que me autografiara un ejemplar de *Discusión* -el primer libro suyo que leí-, y una publicación dedicada al propio Borges, realizada por la revista *Gente*, que a él no le gustaba nada y consideraba que la mayoría de la información que contenía era mentirosa.

» Claudio Pérez Míguez y Jorge Luis Borges en la casa del escritor, en Buenos Aires, 1982 - Archivo Museo del Escritor

Tiempo después, cursando el instituto, en Don Bosco, partido de Quilmes, provincia de Buenos Aires, que era donde vivía, la mejor profesora de literatura que tuve en esa etapa, una española llevada de pequeña a la Argentina, admiradora de Federico García Lorca, que se llamaba Josefa Iglesias, nos pidió que hiciéramos un reportaje, una entrevista a alguien. Enseguida pensé en Borges. Yo no tenía ningún contacto con él, mi familia no pertenecía a ningún ámbito literario y no había otros puentes. Se me ocurrió utilizar como instrumento la guía telefónica, ese libro inmenso de papel de mala calidad que existía en los tiempos previos a internet para buscar el número de teléfono de alguien. Busqué Borges, y aparecía el nombre de su madre: "Borges, Leonor Acevedo de". Aún tengo en mi memoria el número. 42-2801. Inmediatamente busqué comunicarme y el resultado tuvo un lado bueno y uno malo. Efectivamente era la casa de Jorge Luis Borges, pero él estaba de viaje.

Continué realizando el trabajo encargado con entrevistas a otras personas, un poco decepcionado, aunque no rendido. Cuando el plazo de entrega ya expiraba, quise intentarlo de nuevo. Esperaba hablar con alguien a quien pudiera explicarle todo y me dijera si era posible mi pretensión, pero en realidad, cuando llegué a expresar apenas lo que quería le pasaron el teléfono a Borges, quien me dijo, luego de escucharme: "venga mañana o pasado 10 o 10 y media". Recuerdo esos momentos con cierta ajenez, como si una fuerza se apoderara de mí y siguiera actuando normalmente cuando, en realidad, estaba paralizado.

Como no podía ser de otra manera, fui al día siguiente, al piso de la calle Maipú 994, 5ºB. Era una de las primeras veces que iba a Buenos Aires solo, mi padre me había comprado una guía de calles para que pudiera llegar a destino.

Cuando entré en el "departamento" como diríamos en Argentina, tuve mi segundo gran impacto. Yo insistía en encontrarme primero con alguien a quien explicarle mis intenciones, pero pasando un pequeño recibidor, veo a Borges que, en el otro extremo de la habitación, se levantaba para saludarme.

Ese día le pude hacer la entrevista, me acompañaban dos o tres compañeros del colegio. Poco después de empezar vino una persona que conocía a Borges, de la provincia de Córdoba, de allá, que tenía la manía de contestar por él las preguntas que le hacía. Luego de esto, con la cortesía que lo caracterizaba, Borges corregía la respuesta a su antojo, lo que hizo que saliera bien. Traté de que la entrevista no se pareciera a la que le hacían los periodistas, intentando darle la perspectiva de mi edad.



» Claudio Pérez Míguez y Jorge Luis Borges en la casa del escritor, en Buenos Aires, 1982
- Archivo Museo del Escritor

A partir de ahí lo fui a visitar muchas veces, en diferentes momentos del día. Le ayudé a encontrar libros que tenía extraviados, hablábamos de diferentes cosas, soportó que con mi pésimo inglés le leyera la Enciclopedia Británica. Le regalé dos bastones. Con el primero tomé inmediatamente cuenta de mi fracaso. Era un bastón delgado, tallado artesanalmente, que además de ser un poco corto para él, no le daba la seguridad que le gustaba. Aprendiendo de los errores, le regalé el segundo, que era uno cubierto con mimbre de dos colores, que le gustó mucho, porque las pequeñas hebras del mimbre lo convertía en "pinchado" de acuerdo a sus palabras. Le dije que me gustaría verlo en alguna foto con ese bastón. Cumplió, poco después apareció en un gran reportaje de una importante revista luciénolo, por lo que me sentí muy orgulloso.

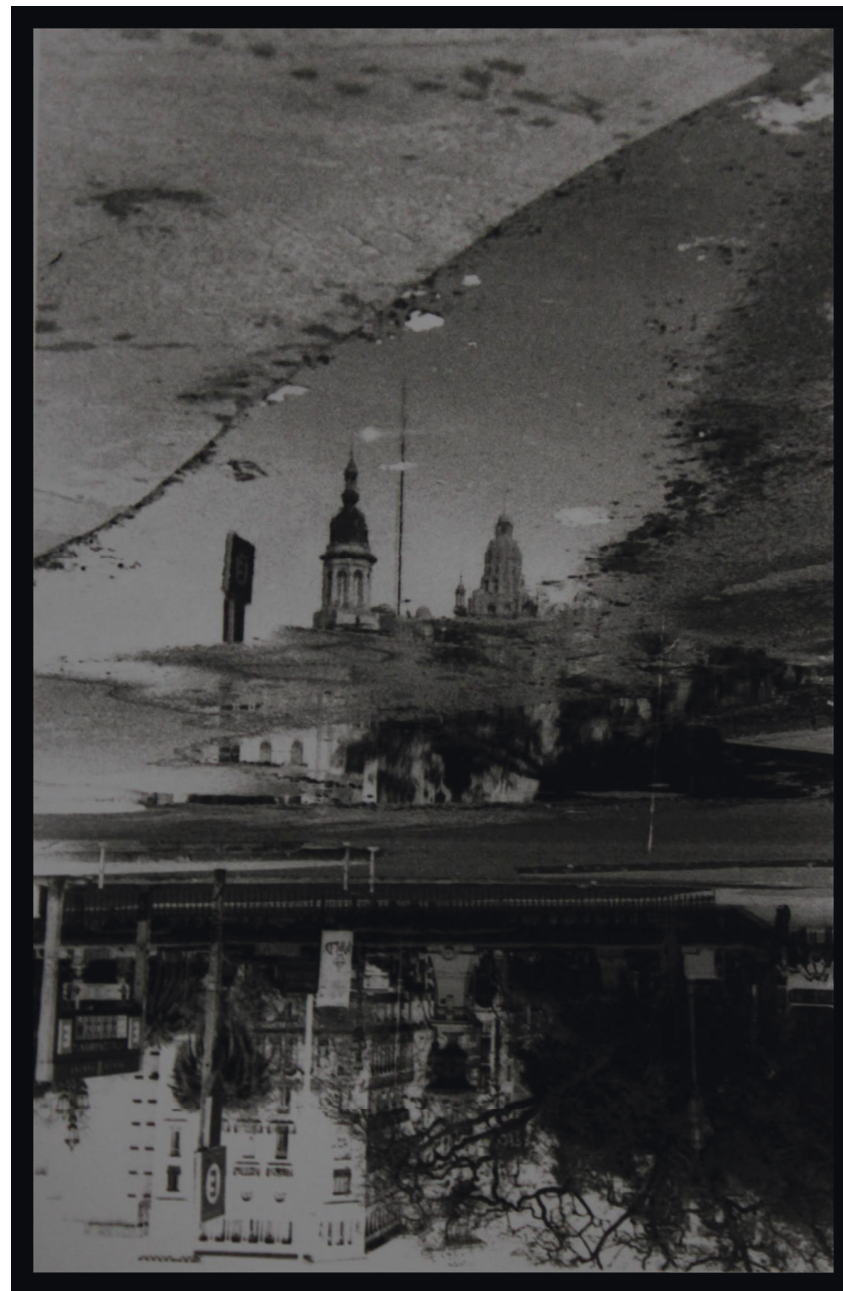
Otra vez, luego de su regreso de un viaje a Estados Unidos, en el que había estado en la fiesta de Halloween en una Universidad, para seguir el juego y poder fotografiarnos, volvió a ponerse la máscara, y yo me colgué la Orden de Alfonso X El Sabio, que había recibido hacía muy poco, aquí en España.

También fundé, en el instituto en el que estudiaba, que se llamaba Escuela de

Enseñanza Media N°1 Joaquín V. González, de Don Bosco, el *Círculo Borgiano*, asociación destinada al estudio y difusión de la obra de Jorge Luis Borges. En una lista armada rápidamente, fui su presidente, y María Luisa Navone, mi profesora de historia, que me apoyó tanto, la vicepresidenta. Se lo presentamos a Borges, que estaba muy contento y nos dio el título de ser “el primero del mundo”.

Pero no quedó ahí, el propio Borges lo inauguró con un diálogo abierto en el patio del colegio, el 11 de junio de 1983, que reunió a más de 400 personas. Luego vino a comer a mi casa, lo que, como es obvio se convirtió en un acontecimiento familiar. Mi abuela, que siempre usó frases un poco melodramáticas, después de verme en el escenario presentando a Borges y moderando el diálogo, y traerlo a casa, dijo. “Ya me puedo morir tranquila”, cosa que por suerte no pasó hasta muchos años después. Borges era tan, tan, tan famoso, controvertido pero al mismo tiempo una verdadera gloria nacional.

Las anécdotas, las escenas, se me agolpan, y creo que si algo aprendí de él es que los textos es mejor que sean breves, por lo que quiero terminar aquí. Solo agregar, que estas y otras historias muestran su humildad y enorme sentido del humor, y su cortesía, expresada en este caso al estar con un joven ignorante y no hacérselo sentir en un solo momento. Al contrario, decía que le perdonaba ser tan viejo y yo tan joven.



» Buenos Aires. Fotografía de Vicente Cordua.